

# “Arraigados en Dios”

**Para leer la Biblia con provecho**

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Una mujer conforme al corazón de Dios - Elisabet  
(13 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.**

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



## **Una mujer conforme al corazón de Dios - Elisabet (13 días)**

Día 1

Hch. 13:22; Lc. 1:5,6

De David dijo Dios: Él es un “hombre conforme a mi corazón”. Cuando Saúl, el primer rey de Israel, no obedecía a la Palabra de Dios, Él buscó a un varón así. David se había orientado hacia Dios. De tal actitud Dios se alegra. “Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tengan corazón perfecto para con él” (2.Cr. 16:9; lea 1.Cr. 28:9). El Señor mira la actitud más íntima del corazón.

Cuando el joven David fue mandado al campo de la batalla y al escuchar que Goliat blasfemaba al Dios viviente, sabía claramente, que él lucharía por la honra de su Dios, sin cuidar su propia vida (1.S. 17:17-37). En esa situación David contaba con su Dios. Su corazón estaba concentrado totalmente en su Señor. Él era el más importante. Un hombre con tal corazón expresa con su confianza, cuál es su postura interior frente a Dios, qué es lo que espera de Él y cuánto valor le da. Cuando en situación de aflicción se dice: “Pero yo confío en ti, Señor”, entonces esa es una expresión conforme al corazón de Dios. Íntegro, eso significa estar bien con Dios. El hombre con el corazón íntegro, no es sin pecado. También David tenía que confesar: “He pecado”. Pero el hombre conforme al corazón de Dios confiesa su pecado y lo deja. (Lea Sal. 32:1-5; 51:1-12; 2.Co. 13:11.)

La orientación hacia David se muestra también en su alabanza y su agradecimiento, que encontramos muchas veces citado en los salmos. “No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria” (Sal. 115:1; 103:1-5).

Alguien dijo: “esta palabra, ‘un hombre conforme al corazón de Dios’ me conmueve, esto despierta en mí el anhelo de ser una persona así”.

En los próximos días nos ocuparemos de Elisabet, la esposa del sacerdote Zacarías; ahí descubriremos: ella era una mujer conforme al corazón de Dios.

Día 2

Lc. 1:5,6

Elisabet vivió mucho tiempo después del rey David. Podemos denominarle a ella y a su esposo Zacarías como “hombres en el umbral”. Conocemos el significado: si por ejemplo pasamos por el umbral de una casa, dejamos un área detrás, para llegar a otro.

Lo que se comenta al comienzo del evangelio según Lucas, es como el detenerse en un umbral. Mirando hacia atrás se ve el amplio espacio de todo lo que el Antiguo Testamento comenta: la historia de Dios con su pueblo Israel. Pero se ve también el presente. El opresivo régimen de Herodes el Grande en la provincia de Judá.

El rey era medio judío y un amigo de Roma; él despreciaba a los judíos y los mandamientos de Dios. Además habían pasado casi 400 años desde que Malaquías, el último profeta, había hablado. Una larga pausa de transmisión, un amplio umbral, así lo podemos interpretar retrospectivamente. Pero como un hilo rojo se presentó la profecía de Dios por los escritos del Antiguo Testamento, que Dios iba a mandar a su pueblo, que fue oprimido y que muchas veces le desobedecía, un Redentor. “Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia” (Is. 9:1).

¿Tendría vigencia todavía esa promesa? Muchas personas ya habían desechado la esperanza. Pero entonces llegó una señal de esperanza – primero en lo secreto. Elisabet y Zacarías pertenecían aún al tiempo del Antiguo Testamento, pero con ellos el Dios viviente quería entrar en una nueva área. El Señor todavía estaba buscando a personas cuyo corazón estaría perfecto para con Él y a las que Él podría usar como herramientas. Él busca hasta el día de hoy tales personas que se orientan por Su voluntad.

Dios encontró en Elisabet y Zacarías personas así. Con su hijo Juan Dios quería comenzar un nuevo capítulo. (Lea Mal. 3:1; 4:5,6; Lc. 1:13-17,76-79.)

Día 3

Lc. 1:5; Gn.49:10; Is. 9:2

¿Quiénes eran las dos personas con las que Dios quería comenzar algo nuevo en su pueblo? Elisabet y Zacarías pertenecían a la familia de Aarón. Mucho tiempo antes de Aarón vivían Jacob, el nieto de Abraham, y sus doce hijos; uno de ellos, el tercer hijo de Lea, se llamaba Leví (Gn. 29:31-34). Los descendientes de Leví los escogió Dios para su servicio. De la tribu de Leví eran elegidos más tarde los sacerdotes; Aarón era el primero. Tanto Zacarías como también Elisabet eran de la generación sacerdotal. Pero las características de sus vidas no se originaban solo por una piedad tradicional.

Ya sus nombres significaban algo especial. El nombre Zacarías significa: “El Señor se acuerda”. “Elisabet” es la forma griega-judía del nombre “Elischeba”, y significa: “mi Dios ha jurado”.

Las dos personas, “en el umbral” del antiguo al nuevo pacto tenían nombres con un significado hasta hoy día, para los de su alrededor.

“El Señor se acuerda”. Justamente eso era lo que muchos en aquel tiempo ya no lo podían creer. Ellos pensaban que Dios los había olvidado. Pero el nombre “Zacarías” significa: “Jehová se acordó de nosotros; nos bendecirá” (Sal. 115:12a). Dios en aquel tiempo no se había olvidado de los hombres, y tampoco se olvida de nosotros hoy en día. ¿Zacarías habrá pensado en el significado de su nombre? Las personas en su derredor necesitaban urgentemente a alguien, quien les recordara la fidelidad de Dios. No sabemos si Elisabet era consciente del significado de su nombre: “Dios ha jurado”. También esto podría haber servido como aliento en aquel entonces y puede animarnos también a nosotros.

Lo que Dios dice es confiable absolutamente. Uno puede estar seguro de que Él hará lo que prometió. ¡Qué ayuda y estímulo en tiempos de transición, tiempo “en el umbral”! El Señor no se olvidó de su pueblo. Él quería mandarles al Mesías, y lo mandó. (Lea Lc. 1:13-17, 31-33; 2:10,11.)

Día 4

Lc. 1:5,6; Sal. 84:11; 101:6

Hay „características“ de hombres según el corazón de Dios: **1. Ellos son piadosos.** El texto bíblico que nos presenta a Elisabet, dice claramente que ella era piadosa, justa. Su piedad no era una fachada, sino era auténtica. En el informe de Zacarías y Elisabet encontramos la explicación de la real piedad: “Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor”.

¡Qué declaración! Los dos se habían orientado en su corazón primeramente hacia el Señor. ¿No nos admira esa manera de piedad, y quizás también nos examinamos, conociendo nuestro propio corazón y nuestra vida? Probablemente decimos: “Quiero orientarme totalmente en el Señor, pero no soy perfecto, faltó muchas veces y muchas veces pecó”.

Pero haberse orientado en el Señor no significa estar sin equivocaciones. Personas piadosas no son personas sin pecado. La Palabra de Dios dice: A pesar de nuestras faltas y pecados, en los ojos de Dios somos justificados. No, porque Él hace “la vista gorda”, diciendo: “¡No pasó nada!” No, el pecado es tan malo ante Sus ojos, que Él tuvo que pagar el precio más alto, para que pueda ser perdonado y borrado. Dios no mira más nuestro pecado, porque hemos aceptado lo que el Hijo de Dios hizo por nosotros. “El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; ... él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (lea 1.P. 2:22-24; Ro. 5:1).

Desde que creímos en ese Señor y le pertenecemos, hemos sido justificados en los ojos de Dios. Él mira la justicia de Su Hijo y no mira nuestro pecado. Esta es la verdadera piedad: vivir de lo que somos en Jesús. (Lea Ro. 1:17; 3:22-26; 5:14-19.)

Día 5

Lc. 1:5; 1.Co. 1:30

¡Hemos recibido el regalo de la justicia! Abraham era justo delante de Dios, porque creía. "... creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia" (Ro. 4:3). El cumplimiento de aquello que Dios le había prometido parecía imposible. Sin embargo ¡Abraham creyó! Él no sabía nada de la cruz donde murió Jesucristo, para que los hombres puedan ser justificados delante de Dios. Pero el hecho de que Abraham creyó en la Palabra de Dios, le hizo justo.

También Elisabet y Zacarías no sabían aún nada de aquel, que llevaría sus pecados "en su cuerpo sobre el madero"; pero ellos creyeron a Dios y Su Palabra, así llegaron a ser personas conforme al corazón de Dios. Ellos no estaban sin pecado, pero eran personas creyentes, que creían en la verdad de la Palabra de Dios. Ellos querían estar preparados para la llegada del Mesías.

Esperar a alguien significa, preocuparse para que todo esté en orden, cuando el esperado llegue. Así Zacarías y Elisabet mantenían preparados sus corazones y su casa para el Señor. "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1.Jn. 3:3; lea 2.Co. 7:1).

Algunas personas aman mucho el orden, esto se hace visible en la casa, en la cocina, en los cuartos, en el escritorio. Pero, ¿qué pasa con el orden en el interior? Dios nos ha dado a Su Espíritu, que nos quiere ayudar a que amemos también el orden en este ámbito. En el poder del Espíritu Santo podemos vivir la auténtica piedad. En eso es importante que tomemos en serio el pecado. Si hemos pecado, lo confesamos delante de Jesús, sabiendo que Él lo ha llevado ya en aquel tiempo. Cuando Él exclamó: "¡Consumado es!" ya había pensado en cada uno de nosotros, y todos nuestros pecados estaban incluidos en Su obra de redención. Así podemos "mantener el orden". (Lea 1.Jn. 1:7-9; Sal. 103:3.)

Día 6

Lc. 1:5-7

Otra característica de hombres según el corazón de Dios: **2. Ellos muchas veces llevan cargas.** “Cuando Dios quiere hacer algo maravilloso, comienza con una dificultad, cuando quiere hacer algo muy maravilloso, comienza con una imposibilidad” (Autor desconocido).

Para Zacarías y Elisabet no era posible tener un hijo, pues ella era estéril. La falta de hijos en aquel tiempo significaba una vergüenza; tener hijos se interpretaba como señal de la gracia de Dios. (Comp. Sal. 127:3.)

Pero en la vida de aquellos que viven con Dios, no todo anda sin obstáculos o “sobre ruedas”. La piedad no es una garantía para bienestar y éxito. Llama la atención que varias mujeres, que según el plan de Dios tendrían que tener hijos, primero eran estériles. ¿Puede ser que el Dios viviente quería aclarar, que ellas llegarían a tener sus hijos solamente por su fe, en contra de la aparente imposibilidad?

Sara lo experimentó, después también Rebeca. También más tarde algunas mujeres experimentaron, anterior al nacimiento de personas, con las que Dios tenía un propósito especial, su esterilidad. Eso pasaba a Ana, la madre de Samuel y también a Elisabet, la madre de Juan el Bautista. Los hijos que recibieron estas mujeres, eran hijos de respuesta de oración, por eso eran de manera especial una dádiva de Dios. (Lea 1.S. 1:10,11,17,20; 2:1-11.)

“Como el signo de exclamación al lado del camino señala ‘obras’, así la esterilidad de esas madres es también un signo de exclamación de Dios: ¡Atención – obras! Dios está ocupado en la edificación de su reino, lugar de obras de Dios” (W. Lüthi; lea Ef. 3:20,21; Job 42:2). Dios hace su obra divina con aquellos a los que quiere bendecir. Lo importante es que no nos soltemos de Su mano y nos quedemos junto a Él: “Señor, porque tu mano fuerte me sostiene, confío tranquilamente. Porque tú te acercaste a mí lleno de amor, confío tranquilamente. Tú me fortaleces, me das ánimo resuelto, te alabo; tu voluntad, Señor, es buena” (H. Winkel).

Día 7

Lc. 1:5-7; Is. 55:8,9

¡Demasiados ancianos, para tener un hijo! El matrimonio no podía saber, que esta evidente imposibilidad era parte de la “escuela de Dios” para ellos, y al mismo tiempo era la obra de preparación de Dios para el nuevo comienzo con su pueblo. Tenía que comenzar con un milagro.

Para Elisabet la esterilidad era una dura prueba de su confianza en Dios. Esto siempre es la cuestión, con la que también nosotros somos confrontados en las pruebas de nuestra vida: ¿Mantienes tu confianza, aunque tu ardiente deseo no se cumpla? ¿Confías en Dios, a pesar de que Él te lleva distinto de lo que pensabas? ¿Mantienes firme la convicción que Dios no se equivoca, que Él obra así para bendecirte?

Hay muchas diferentes pruebas para nuestra fe. Nosotros preguntamos muy rápido, porqué Dios lo hace diferente de lo que habíamos pedido. En los caminos duros lo necesitamos mucho más. Por eso son de más ayuda para crecer en la fe, que los caminos llanos, en los cuales podemos caminar bien y solos y fácilmente nos orientamos por otras cosas.

Si nosotros pedimos: “¡Cerca, más cerca, oh Dios, de ti!”, porque la comunión con Él nos es importante y de mucho valor, entonces en cierto modo nos acercamos a un riesgo, pues solo el Señor sabe aquello que nos lleva más cerca de Él. “Aunque el camino angosto sea muy empinado, me lleva más cerca al cielo, para mi bien. ... Aunque tu camino aquí está cubierto para mí vista, mi deseo será cumplido: más cerca de ti” (S. F. Adams).

Cuando el Señor quiere regalar Sus bendiciones, muchas veces permite que lleguemos al final de nuestras naturales posibilidades. Él nos pregunta si queremos responder igual que Asaf le contestó en una dura prueba: “Pero yo siempre estoy contigo” (Sal. 73:23a NVI; lea Sal. 37:5; Is. 26:3).

Día 8

Lc. 1:5-25; He. 10:35,36

¡Examen pasado! Elisabet soportó la pesada carga. En el tiempo de su esterilidad, cuando ya no podía esperar nada, se dice de ella que era justa e irreprochable. Vemos que ella no se había vuelto descontenta y amargada. Ella con confianza aceptó las pruebas.

“Hay pruebas grandes como rocas, y otras pequeñas como granitos de arena. Las pruebas de granitos de arena son las pequeñas contrariedades de la vida diaria, las situaciones que nos ponen de mal humor” (E. Modersohn).

Podemos suponer que había un momento especial en el que Elisabet ofreció a Dios su deseo del corazón, poniéndolo “sobre el altar”, quizás llorando, pero orientada hacia el Señor y Su voluntad. Poner algo sobre el altar significa soltar algo de las propias manos, y ponerlo en las manos de Dios, dejárselo a Él: “Señor, tú puedes hacer lo que tú quieres, yo confío en ti”.

A veces Él nos lo da nuevamente, lo que habíamos puesto en Sus manos. Abraham recibió a Isaac nuevamente (Gn. 22:1-3,9-14). Cuando Moisés se aquietó en Madián y aceptó que ahora era “solo” pastor de ovejas, Dios lo llamó para ser líder de su pueblo (Éx. 2:21,22; 3:1-10).

Elisabet se había aquietado respecto a su esterilidad, sin embargo, aún de edad muy avanzada tuvo un hijo. Ella tenía confianza en Dios, más que su marido Zacarías. Él no pudo creer y demandaba una señal, cuando el mensajero de Dios le anunciaba el nacimiento de un hijo. Y él recibió una señal. Su boca, que había expresado su duda, se enmudeció.

Si Dios haría que sus hijos, que dudan de Su Palabra, se quedaran mudos, muchos, quizás nosotros también, nos enmudeceríamos. (Lea Ro. 12:12; Jn. 20:29.)

Día 9

Lc. 1:24,25

Otra característica de personas según el corazón de Dios: **3. Ellas necesitan tranquilidad.** También en el caso de Elisabet era así. “Ella se mantuvo recluida por cinco meses” (NVI). Quizás algunas personas curiosas querían saber lo que había pasado en el templo, y el porqué de la mudez de Zacarías. Pero Elisabet no quería hablar de las dudas de su marido, tampoco acerca de sus angustias y del embarazo tardío. Para eso el don de Dios le era demasiado precioso. Quizás Elisabet se recluyó también porque tenía que apropiarse poco a poco de este gran milagro que Dios había hecho en ella. De una imposibilidad Él había hecho algo posible.

¡Detengámonos aquí por un momento! “Dios puede”, “Dios es poderoso” leemos en He. 11:17-19. No hay nada lo que Él no pueda hacer. El hecho de que Él puede hacer de lo imposible algo posible, no se refiere solamente a la esterilidad de una mujer, sino a todas nuestras imposibilidades. “Abraham estaba plenamente convencido de que (Dios) era poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Ro. 4:20,21). Nosotros lo sabemos y lo podemos decir a otros.

Sin embargo cuando pensamos en nuestras angustias actuales, en nuestros pedidos de oración, en todo lo que nos parece ser imposible, ¿cuál signo ortográfico pondríamos detrás de “Dios puede”? ¿Un signo de interrogación, porque parece imposible, lo que debería acontecer? ¿O un signo de exclamación o quizás dos: “¡¡Dios puede!!”?

Werner de Boor dijo al respecto: “la fe comienza recién ahí, cuando hay hartas razones, para abandonarla” – cuando uno ha llegado al final, sin embargo aún en esa situación cuenta con Dios sabiendo: ¡Él puede! En la Palabra se nos asegura: “nada hay imposible para Dios” (Lc. 1:37; lea Lc. 18:27; Sal. 115:3).

Para asegurarse una y otra vez de esto se necesita tiempos de tranquilidad para poder escuchar a Dios. Ahorrarse tiempos de esa quietud no es un ahorro, es una equivocación. Pero el escuchar a Dios nos enriquece con confianza más profunda y mayor amor.

Día 10

Lc. 1:24,25; He. 11:17-19

Dios mostró en la vida de Elisabet, en la de Abraham y probablemente lo ha hecho también en la nuestra, que Él puede, que Él es poderoso para obrar, aunque todo parece imposible. En la vida de Abraham habían una y otra vez situaciones en las que su fe era probada. Dios le había prometido descendencia. Y Abraham, cuyo nombre significa “padre de multitud”, aprendió a contar con las promesas de Dios con fe. “Te he puesto por padre de muchedumbre de gente”, dijo Dios (Gn. 17:5).

Dios habló de descendencia, cuando Abraham y su mujer Sara ya eran ancianos y no tenían hijos, ni podían ya tenerlos. Abraham debería haber dicho: Ya pasó el tiempo, esto es imposible, esto ni Dios lo puede hacer. Él podría haberse enfrentado a las promesas de Dios sin esperanza y sin fe. Sin embargo leemos de él: “no se debilitó en la fe” – él no miró el gran imposible (Ro. 4:19). Dios había prometido descendencia y Dios la daría.

La fe quita la mirada de lo visible y mira lo invisible, la fe cuenta con Dios y Su glorioso poder. ¡Dios puede! ¡Dios es poderoso! Cuando todo saber y poder de los hombres termina, Dios aún puede. Él puede todo. Él no puede defraudar a los que confían en Él. Nada es demasiado problemático para el Señor, nada es imposible para Él.

De la historia de Abraham sabemos que también tenía épocas de falta de fe. Podemos entender muy bien cuán desesperado y desanimado uno se puede sentir, pues muchas cosas quieren paralizar la fe. Pero no debemos resignarnos. Porque ¡Dios puede!

Lo que se refería a Abraham, Dios repitió su promesa, y Abraham volvió a creer. Quizás esto también es necesario para nosotros hoy. En la quietud delante de Él, Dios nos quiere alentar y levantar. (Lea Gn. 15:5; Mt. 17:20; Hch. 27:25; He. 12:2.)

Día 11

Lc. 1:24,25

Elisabet buscaba la tranquilidad. Seguramente en este tiempo ella hablaba mucho con Dios. Esto reconocemos en lo que ella dijo acerca de Dios: “Esto –decía ella- es obra del Señor, que ahora ha mostrado su bondad al quitarme la vergüenza que yo tenía ante los demás” (NVI). En estas palabras se declara, cuánto Elisabet sufría por su esterilidad. Sin embargo ella seguía siendo una mujer que se orientaba en Dios, que vivía de la manera que agradaba a Dios (Lc. 1:6).

Las razones de su tiempo de reclusión las podemos suponer solamente. Pero sabemos de cuánta ayuda pueden ser los tiempos de quietud. En el silencio Dios quiere hablar con nosotros. Cuántas veces Jesús mismo se retiró del bullicio, para conseguir fuerzas y orientación de su Padre celestial. Si Él necesitaba la quietud delante de Dios, cuánto más nosotros la necesitamos.

Delante de Elisabet había una gran tarea. Ella debía ser la madre del hombre que prepararía el tiempo del nuevo pacto. Ella debía educarlo. Él “será grande delante de Dios ... y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos ... e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías ... para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc. 1:15-17).

Probablemente Elisabet tenía temor de esa exigente tarea, pero podemos suponer que ella habló acerca de esto con el Señor. Y probablemente Él la alentó, como solo Él lo puede hacer. “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10,13,14; lea Mt. 14:27; 2.Co. 12:9).

En la confianza en Dios Elisabet llegó a ser una mujer conforme al corazón de Dios.

Día 12

Lc. 1:39-45

Otra característica de personas según el corazón de Dios: **4. Ellas son humildes como Elisabet.**

Una joven mujer con su corazón afligido estaba de camino de Galilea a Judea. Su meta: la casa de Zacarías. En Nazaret ella había oído lo grandioso y singular: Ella debía ser la madre del Hijo de Dios. Para eso Dios la había elegido. María aceptó, y el milagro se realizó. Por el poder del Espíritu Santo ella quedó embarazada.

Cierto día se levantó para ir a visitar a Elisabet. El ángel le expresó, usando el ejemplo de Elisabet, que para Dios nada es imposible. (Lea Lc. 1:36,37). Pero, ¿qué buscaba la humilde niña de Nazaret con la esposa del sacerdote que era mucho mayor de edad? Probablemente María tenía el gran deseo de poder hablar. Ella se había entregado confiadamente al plan de Dios, pero necesitaba la conversación de fe con Elisabet. El camino que María tenía que aguantar era largo y penoso. Era una jornada de cinco días. Después encontró una puerta abierta y un corazón abierto.

Elisabet, vuelta de su tiempo de reclusión, ya estaba en el sexto mes de su embarazo. María la saludaba al llegar probablemente con el saludo usual en Israel: “¡la paz sea contigo!” En eso pasaba algo maravilloso. El hijo de Elisabet estaba conmovido, “saltaba en su vientre”. Y porque Elisabet estaba llena del Espíritu Santo, sabía que María era la madre del Mesías, aquel delante del cual su hijo Juan prepararía el camino.

Así sorprendía y alegraba Elisabet a su visitante con la bienaventuranza. Ella la llamaba “bendita entre las mujeres”, y al hijo que crecía en el vientre de María, ya ahora lo llamaba su Señor: “la madre de mi Señor” viene a mí. Elisabet contaba lo que Dios le había revelado. Esto era para María otra afirmación y al mismo tiempo un aliento, que se expresó en su alabanza (magnificat). (Lea Lc. 1:46-56; Sal. 28:7.)

Día 13

Lc. 1:39-45

La humildad en el corazón crea lugar para el Espíritu de Dios y con eso para el mismo Señor. Esto se ve en Elisabet. Ella era la más anciana de las dos mujeres y su posición social mucho más importante, en cambio María hasta el momento era una joven desconocida de Nazaret. Pero tales diferencias no tienen importancia para aquellos que aman a Dios (lea Stg. 1:9,10). “¡La madre de mi Señor viene a mí!”

Sin envidia llamaba “su Señor” al hijo en el vientre de María. Elisabet no se gloriaba del hecho que también ella había sido muy bendecida por el Señor. Ella no solo se humillaba delante de su Señor, sino también le brindaba a su madre el reconocimiento y un gran respeto. Envidia y arrogancia no tenían lugar en este encuentro.

En un tema anteriormente tratado en “Arraigados en Dios” decía más o menos así: “El encuentro de estas dos mujeres consagradas a Dios, es algo de lo más hermoso, de lo que nos informan las Escrituras. En ese encuentro corrían ríos de agua viva”. ¿Qué es lo que “corre” cuando estamos junto con otras personas? ¿Será para fortalecimiento mutuo?

Las dos mujeres estaban juntas por tres meses. Hemos mirado la humildad de Elisabet. Pongamos una mirada en su hijo Juan. También él era humilde y señaló no a sí mismo, sino hacia Jesús: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. “... a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado” (Jn. 3:30; Mr. 1:7b). Juan podía retirarse hacia atrás. Él tenía el ejemplo de su madre, cuyo corazón estaba orientado hacia el Señor. Ella vivía en la comunión con ese Señor, -igual que más tarde su hijo Juan- como persona conforme al corazón de Dios.

En la comunión con el Señor también nosotros podemos llegar a ser personas que glorifiquen a su Señor y que sean bendición para otros. Pablo lo expresa como nuestra meta: “a fin de que seamos para la alabanza de su gloria” (Ef. 1:12a; lea Ef. 1:6,14; Ro. 12:1,2).